

Educación y democracia

20-10-2020 | Wolters Kluwer |

Juan A. Gómez Trinidad

«La educación, a través de la escuela y la familia, es el mejor antídoto para vacunar contra los peligros de las nuevas tiranías»

Juan A. Gómez Trinidad

Las últimas generaciones de españoles hemos tenido la inmensa suerte de no haber conocido ninguna guerra, desastre natural ni económico que nos hayan marcado como generación. No es que nuestra sociedad haya sido perfecta, pero con el esfuerzo colectivo se ha ido perfeccionando tanto en la organización política como en el bienestar social. Nunca hubo un período tan largo de progreso ni unas condiciones de vida materiales tan universales. Tampoco una época tan larga de democracia que, con sus errores, siempre tuvo mecanismos para corregirlos mediante la aplicación de la justicia y la alternancia política que permitió subsanarlos.

Pero tal vez tenemos la mala suerte de no saber lo que cuesta conseguir esos altos desarrollos de bienestar y de participación política e, ingenuamente, creemos que ambos, democracia y bienestar, son bienes caídos del cielo, regalo de los dioses, cuyo seguro de permanencia corresponde al Estado en general y a los políticos en particular. En ellos ponemos nuestra confianza y a ellos se dirigen nuestras protestas. Hemos olvidado que el mantenimiento de la democracia y del bienestar es responsabilidad de toda la sociedad y de cada uno de los que la componemos.

La democracia es el gobierno del pueblo, lo cual no significa que todos puedan gobernar, pero sí que cualquiera puede elegir y tener los criterios para entender, evaluar a los que gobiernan y manifestar su opinión y rechazo al respecto. Es lo que ya advertía Pericles en su Oración Fúnebre que deberíamos releer en las escuelas.

La democracia no es el primer sistema de organización política que surge ni lo hace de forma espontánea. Es un sistema muy decantado que solo brota cuando se dan las condiciones adecuadas en la propia sociedad: conocimiento, capacidad de pensar, respeto a la diversidad de opiniones y libertad tanto interna como externa. Cuando cualquiera de los elementos anteriores se debilita empiezan también a minarse los pilares de la democracia.

La auténtica formación de ciudadanos demócratas se forja en la familia y en la escuela. El ambiente —y en ello incluyo las redes sociales— puede favorecer, pero también poner a prueba la formación democrática. Basta recordar que en tiempos recios donde las libertades se ven amenazadas, ya sea de forma violenta o sibilina mediante la manipulación de las mentes y las conciencias, son los principios y valores recibidos en la educación los que generan personas y grupos de disidencia y resistencia. A veces a costa de su propia vida como, por desgracia, ha demostrado la lucha contra los totalitarismos más terribles del siglo XX.

«La auténtica formación de ciudadanos demócratas se forja en la familia y en la escuela. El ambiente —y en ello incluyo las redes sociales— puede favorecer, pero también poner a prueba la formación democrática»

En estos tiempos de pensamiento débil, de tiempos líquidos, al decir de Bauman, existen motivos preocupantes para pensar que la democracia tiene vías de agua. De una parte, el creciente anti-occidentalismo tan de moda como peligroso: no olvidemos dónde surgió y dónde está asentada la democracia. También es preocupante el auge de los nacionalismos y de los populismos que nos ocasionaron dos guerras mundiales. Así lo están poniendo de manifiesto cada vez más autores, uno de ellos, Tobías Stone, afirma que las sociedades se suicidan cada cierto tiempo porque la mayoría solo recuerda, como mucho, lo recibido de sus padres y abuelos. Es el mal del «presentismo» postura intelectual que considera nuestro momento histórico como el único momento válido de la historia y que en la *praxis* lleva consigo un cierto «adanismo» infantil y suicida: «hay que destruir todo para comenzar de nuevo». Las consecuencias siempre son desastrosas.

La educación, a través de la escuela y la familia, es el mejor antídoto para vacunar contra los peligros de las nuevas tiranías.

En primer lugar con la transmisión de la cultura heredada, gracias a la cual hemos llegado a ser quienes somos. Como dijo Bernardo de Chartres: «somos enanos sobre la espalda de nuestros antepasados». Es la figura de Eneas con su padre sobre los hombros y su hijo de la mano buscando una tierra donde construir su nueva patria pero llevando consigo la cultura heredada.

En segundo lugar enseñando y animando a pensar por uno mismo, que es uno de los indicadores más fiables para medir la salud democrática de un país como señaló Hannah Arendt. No es fácil hacerlo en una época de aceleración, hipertrofia informativa, escasez de atención y polarización ideológica. Pensar por sí mismo es el requisito para no ser arrastrado por el gregarismo marcado por el poder, las tendencias o las redes.

En tercer lugar inculcando el respeto a la diferencia, a la diversidad que acompaña al ser humano y a sus manifestaciones culturales, sin caer en la indiferencia y en el relativismo. Según en qué, no todas las opiniones son iguales, y aquí los derechos humanos, el respeto, la solidaridad, son un límite irrenunciable.

En cuarto lugar, pero tal vez lo más importante, fomentando la libertad, no sólo la externa, la



«No todas las opiniones son iguales, y aquí los derechos humanos, el respeto, la solidaridad, son un límite irrenunciable»

ausencia visible de coacción —lo que se pierde en las dictaduras—, sino la libertad interna, la que surge del dominio de sí, del coraje para atreverse a expresar las opiniones en público. Cuando esta libertad interior se pierde por comodidad, cobardía o miedo a no opinar como la mayoría, se están sentando las bases de una tiranía, ya sea de lo políticamente correcto o del poder establecido con el consentimiento tácito de los ciudadanos.

Las dictaduras, hoy y en el futuro, no serán necesariamente violentas, ni militares, pueden ser anodinamente burguesas, sibilinas, interiorizadas y aceptadas por los ciudadanos como la forma más cómoda y fácil de vivir.

En el comienzo de la democracia uno de los muchos partidos políticos que entonces surgieron tenía el siguiente lema: «No piense. Nosotros lo hacemos por usted. Vótenos». Tal vez sea el lema oculto de otros muchos partidos actuales. Puede convencer a algunos, pero es el camino más rápido para acabar con la democracia. Aún tenemos el antídoto a nuestro alcance.